LA INTERCOMUNION EN SU FASE ACTUAL

por URSICINO DOMINGUEZ DEL VAL

La invitación de Cristo a la unidad se hace sobre todo dolorosa ante la eucaristía, sacramento precisamente de la «unidad». Según el N. T., la Última Cena es la fuente de esta unidad y, al mismo tiempo, signo de la misma: «Y puesto que no hay más que un pan, todos somos un cuerpo, porque todos participamos de este único pan»¹. «O sacramentum pietatis, o *signum unitatis*, o *vinculum caritatis*»², nos dice S. Agustín.

A pesar de ello la eucaristía es signo de división entre los cristianos. Y las divergencias son tales que afectan a este misterio en varias dimensiones: en cuanto alimento, en cuanto sacrificio e incluso en la manera de celebrarlo. Es más, las divergencias se manifiestan no únicamente entre católicos y protestantes, sino entre las mismas Iglesias nacidas de la Reforma.

Y este sacramento, que debe unir a todos, tratándose de la intercomunió n, crea problemas de conciencia eclesiales y personales. Cualquier invitación o coacción a no respetar la disciplina de cada Iglesia o Comunidad cristiana está fuera de lugar, si partimos de una auténtica libertad.

Aunque el problema de la intercomunió n data de hace algunos años, el hecho ocurrido en París, rue de Vaugirad, el día de Pentecostés, 2 de junio de 1968, ha dado pie para hacer, si cabe, más actual el diálogo a nivel teológico iniciado hace tiempo. El hecho a que nos referimos es el siguiente. Un grupo de católicos y protestantes, en número de sesenta y uno si damos fe a las estadísticas, se reunieron para una celebración eucarística común, que llevaba consigo, naturalmente, la consagración del pan y del vino.

1. I Cor. 10, 17.

2. *Tract. 26 in Joh.* (PL 35, 1613).